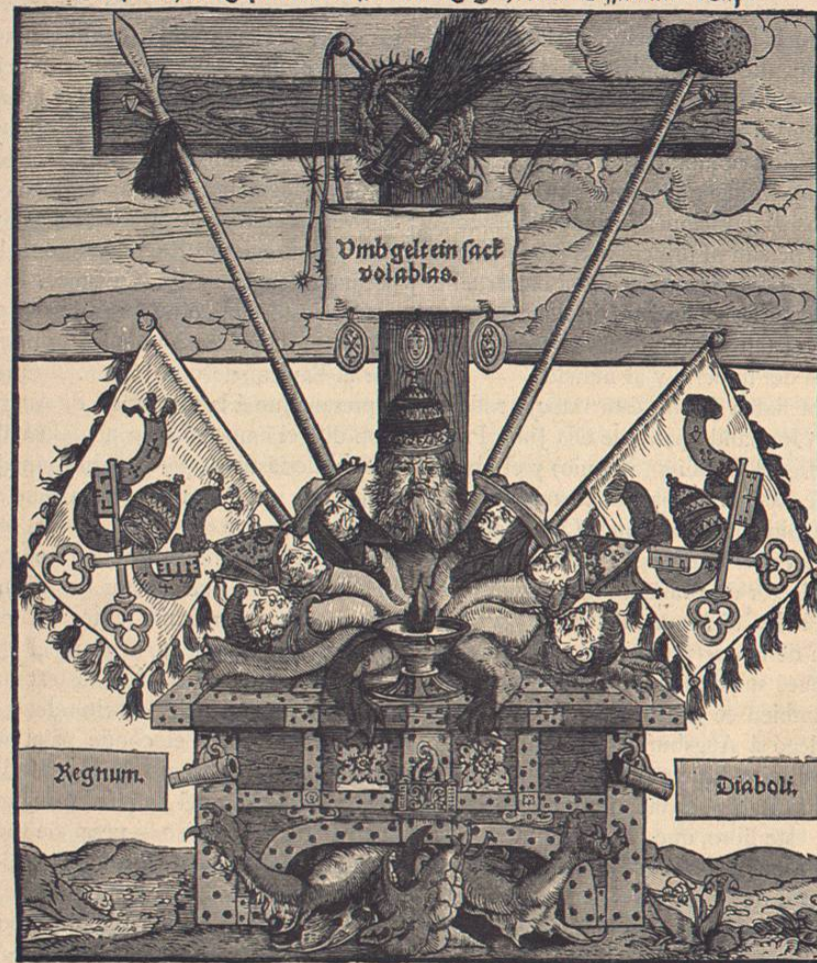


tendrían que aprender el español. Buen aviso fué el que le dió Carlos cuando abolió en Augsburgo y Ulma las constituciones de estas ciudades libres por parecerle demasiado democráticas, por lo cual confió el gobierno á la clase de los patricios; golpe que al mismo tiempo iba dirigido contra el elemento protestante que prevalecía en los gremios. En Constanza sucedió lo contrario, siendo el pueblo bajo el que se mostró enemigo del gobierno local por ser éste demasiado rígido en el sentido protestante reformado. Esta ciudad había rechazado con gran valor una sorpresa verificada por la tropa española; pero la actitud amenazadora del emperador

indujo á los habitantes á ponerse bajo la protección del rey de Romanos, sacrificando su libertad y su religión protestante. El rey Fernando tuvo ganas de emplear el mismo procedimiento, tan ventajoso para la casa de Austria, respecto de la ciudad de Estrasburgo; pero esta última ciudad, entonces muy poderosa, fué tratada por el emperador con gran suavidad, atendida la proximidad peligrosa de Francia y de los suizos, por manera que sus habitantes y su gobierno pudieron eludir el *Interim* y dificultar á los católicos el ejercicio de su religión á pesar de haberles concedido algunas iglesias. Hasta en aquellas ciudades que se habían sometido franca-

Das siebenhäutig Pabstier Offenbarung Johannis Tesseloni. 2. Cap.



Facsimile del grabado de un impreso satírico de la época contra la venta de indulgencias

mente á la voluntad imperial no resultó su obediencia sino-nima de la realización completa y efectiva del *Interim*. A pesar de esto la posición de los teólogos protestantes se hizo cada día más insegura y muchos abandonaron su país. Alber abandonó á Reutlingen, Musculus á Augsburgo, Blaurer á Constanza, Brenz á Hall, dando lugar la huida de este último á una especie de leyenda, y Osiander á Nuremberg. Hasta en Estrasburgo no se atrevieron á quedar hombres como Butzer y Fagius cuando el consejo municipal les exigió que no hablasen del *Interim*. Estos dos últimos emigraron á Inglaterra, donde fueron recibidos muy honrosamente y donde estaba haciendo grandes progresos la religión protestante bajo la protección del versátil primado Cranmer. No siempre se sostuvo la actitud primera, porque los protestantes de Ulma, entre ellos Matías Frecht, el fanático perseguidor de Sebastian Franck, fueron presos por orden del emperador y quedaron pronto curados de su resistencia. Era evidente que no tenía ningún valor la obediencia forzada, mientras los

varones ahuyentados recibieron cierta aureola de mártires, resaltando todavía más su constancia viril comparada con la conducta de los teólogos de Wittenberg, los primeros adalides de la Reforma, si bien hay que tener en cuenta que el nuevo soberano de aquel país, el príncipe Mauricio, se encontró con sus teólogos en situación muy comprometida.

Poco escrúpulo tuvo Mauricio en volver al culto católico y hasta en asistir á una procesión, porque en la mañana antes de la batalla de Muhlberg había oído misa en compañía de los dos Habsburgos soberanos; pero le repugnaba tomar parte en una reacción religiosa, que no podía menos de enajenarle completamente las simpatías de sus súbditos. Uno de sus servidores de confianza le escribió que los mineros del Erzgebirg habían orado á Dios con las manos levantadas por que le mantuviera y sostuviera en la palabra que había dado. Difícil tarea era conservar al mismo tiempo el afecto del emperador y el de los protestantes sajones, si bien no fueron los cargos de conciencia los que molestaron á Mauri-

cio y á muchos de sus consejeros; pues Mauricio una vez se dirigió muy sereno al mismo cardenal de Trento para conseguir por medio de su intercesión que se le asegurase la posesión de los bienes de conventos secularizados, y en 28 de abril de 1548 escribió Melanchton á Cristóbal de Carlowitz, el consejero más influyente de Mauricio, aquella carta tan conocida en la cual, si bien no ocultó del todo sus objeciones contra el *Interim*, deshonró la memoria de Lutero, su gran amigo, solo para hacer resaltar su propia obediencia,

diciendo entre otras cosas: «Tuve que soportar una esclavitud muy repugnante cuando Lutero, que era bastante disputador, no atendió con frecuencia más que á los dictados de su carácter en vez de oír los de su dignidad y del bien general.» Melanchton rechazó toda acusación de haber tomado parte en la fundación de la nueva iglesia luterana, que declaró ser un recurso momentáneo, y recordó lo mucho que le habían gustado en su niñez las ceremonias católicas. Carlowitz se dió prisa á publicar esta carta de Melanchton, que

Siebenköpffe Martini Luthers  
Vom Hochwürdigem Sacrament des Altars / Durch  
Doctor Jo. Cocleus.



Facsimile del grabado de un impreso satírico publicado contra Lutero

á pesar de ser una mezcla de sinceridad y de mentira, fué aceptada como testimonio de la opinión verdadera del autor. No por eso se disminuyeron la desconfianza y el rencor de Carlos V respecto de este reformador, con tanto más motivo cuanto que Melanchton fué también autor de la primera crítica pública del *Interim*, en forma de una carta, publicada contra la voluntad del autor, que fué bastante cobarde, por no decir solapado, para rasgar un ejemplar con sus propias manos; mientras en sus cartas verdaderamente confidenciales no cesaba de lamentarse de aquel tiempo de aflicción, diciendo repetidas veces que más fácil le hubiera sido morir que dar su aprobación á «la esfinge de Augsburgo,» con lo cual designaba el *Interim*. Prestó no obstante su apoyo,

si bien con repugnancia, á que Mauricio hiciese aceptar en un parlamento de Sajonia, en diciembre de 1548, y después de largas discusiones y negociaciones, una especie de *Interim*, como introducción al *Interim* del emperador. En esta introducción se hacían grandes concesiones tocante á las formas exteriores eclesiásticas é indiferentes, bajo cuyo pretexto volvió á introducirse todo el aparato secundario del culto católico, contra lo cual se levantó con todo su fuego un joven profesor de Wittenberg, natural del Mediodía de Alemania, Matías Vlacich (Flacius), que abandonó su empleo y familia para continuar fiel á sus convicciones. Muchos de los teólogos adúladores y versátiles ó cobardes se excusaban diciendo que Lutero mismo había abolido muchos

usos antiguos con repugnancia y vacilando; pero sobre esto observa Ranke que hay una distancia inmensa entre la conservación interina de costumbres vetustas y la restauración de cosas abolidas.

El comportamiento de hombres como Melancton, Bugenhagen y Cruciger no fué solamente un bofetón dado á la Alemania protestante sino que constituyó tambien un contraste muy feo con la decisión con que muchos teólogos y predicadores protestantes abandonaron su país y sus hogares, y con un gran número de ciudades del Norte de Alemania, que se opusieron decididamente á someterse al nuevo yugo religioso. En Hamburgo, Bremen, Brunswick y sobre todo en Magdeburgo fué declarado el *Interim* inaceptable y satánico, conducta mucho mas honrosa que la de los príncipes electores de Sajonia y Brandeburgo, que hicieron publicar bajo el nombre del emperador un *Interim* adulterado, al paso que volvieron á introducir las ceremonias usadas en 1540. Melancton aconsejó secretamente á un amigo que hiciese ejecutar por su diácono las ceremonias que le parecieran repugnantes ó necias.

Ambos caminos, el franco y el disimulado, condujeron en el fondo á un mismo fin, á saber, que la reforma imperial no encontró en ninguna parte de Alemania terreno donde pudiera echar seriamente raíces.

Aquí por última vez hemos de mencionar la parte eficaz que tomó el pueblo alemán en este asunto, como consta en innumerables folletos y canciones, que recuerdan por su viveza impetuosa el tercer decenio del siglo. En semejantes períodos era forzoso escuchar la voz del pueblo, como lo confesó el mismo Melancton, que por cierto no tenía nada de demócrata. Era preciso escuchar las quejas, lamentos, sátiras y amenazas que se levantaron por todas partes, cuyos autores, en su mayor parte anónimos, desmenuzaron, destrozaron, enlodaron y ridiculizaron con placer feroz la obra del emperador triunfante. Agrícola, el colaborador é intercesor de aquella obra, recibió tambien su parte del odio del pueblo, que por poco se tradujo en hechos, y poco faltó para que muriese apedreado en una pequeña ciudad de Turingia. El marqués Juan le había dicho ya antes de la publicación del *Interim* que una profecía anunciaba para 1548 un falso profeta y de la mano del mismo príncipe se guarda en el archivo de Berlín una sátira contra Agrícola, con el título: «Pequeño Catecismo que el respetable labrador Agrícola ha publicado para consuelo y provecho de su tierno hijo llamado *Interim*.»

Podía consolarse Agrícola con que en muchos escritos protestantes populares no salió mejor parado el mismo emperador. En una larga poesía se decía: «Un hombre llamado Carlos V ha dado á luz despues de veinte años de preñez una fiera cruel,» cuya fiera se describe despues. Tambien en otros escritos se le pinta como monstruo horrible, á manera de dragón de tres cabezas, cola de serpiente, aguijón de escorpión, garras de águila y piés de sapo, cuyo monstruo se llama en latín *Interim*. Otros autores comparaban el libro con un gatito hermoso hipócrita y acariciador. Por supuesto que tanto estos escritos como los correspondientes grabados y caricaturas manifiestan una notable decadencia del espíritu vigoroso y hasta grosero del pueblo, inclinándose mas á cultivar lo feo y vulgar, como habría tambien sucedido probablemente sin las luchas religiosas. En aquella época (1549) publicó el estudiante Dedekind de Wittenberg el libro titulado *El Zafio*, que fué considerado por sus contemporáneos como la última expresión de agudeza y de buen humor. Flacio, que llevaba entonces la batuta entre los escritores de la oposición protestante, escribió: «No hay inmundicia tan hedionda, para nuestras narices como el papado, que es el excremento del diablo más repugnante.»

Este exceso de groserías no fué en aquel momento ningún indicio de debilidad interior sino que bajo estas formas soeces se manifestó lo que en aquella nación desgraciada y angustiada existía todavía del primitivo espíritu de independencia. Mientras los grandes se inclinaban, los pequeños tuvieron valor para protestar y resistir. Como antes de la guerra de los labradores, se veían otra vez recorrer el país profetas populares que predicaban contra el *Interim*. Un tejedor de lienzo de Francfort pronosticó en Custrin que el emperador derramaría todavía mucha sangre, pero que al fin Dios le pasaría un anillo por las narices. En el antiguo cántico luterano: «Consérvanos, Señor, tu palabra,» se suplantan los pasajes relativos á los turcos por el nombre de españoles ó por el nombre del emperador; en otro cántico se citan como compañeros del diablo en el infierno el emperador, su hermano y los protestantes traidores, y en otro se cantaba: «Señor que estás en los cielos, asístenos, castiga la tiranía del emperador y detén su furia; quiere igualarse al Dios del cielo y si pudiese hasta le expulsaría de su reino celeste.» Como partidarios del emperador y dignos de él, se citan: el incendiario Mauricio con sus jurisperitos impíos, el de Meklenburgo, el hombre malo (el joven duque Jorge), los cristianos falsos, los aduladores y tunantes Witzel, Agrícola, Sidonio, Felipe (Melancton) y Pomeranio (Bugenhagen), sofistas impíos á quienes Dios indudablemente castigará pronto. Corrientes de esta clase dominaban en Magdeburgo, declarada fuera de la ley desde julio de 1547, donde hicieron valiente é incansable guerra literaria á la reacción y al *Interim* los teólogos protestantes intransigentes, á cuya cabeza estaba el anciano Amsdorf, ex-obispo de Naumburgo. Se comprende el lenguaje furioso acerbo de los escritos publicados por aquella reducida hueste desesperada, como se comprende el espíritu husita, y tambien se explica que los habitantes y los hombres de armas mercenarios de aquella ciudad valiente y abandonada de todo el mundo, cometieran excesos y ferocidades como las que ocurrieron en el inmediato convento de Hammersleben. Aquellos desesperados se consideraron, como en otro tiempo los husitas, instrumentos de la ira divina destinados á exterminar los ídolos y las idolatrías, no faltando en medio de este rumor guerrero alguna canción popular que forzosamente conmovió los corazones alemanes, hablando de la ciudad de Magdeburgo en términos enérgicos populares, comparándola con una noble doncella y amenazando á los que deseaban apoderarse de ella y de sus tesoros, como el emperador, el elector Mauricio, el Judas, los españoles y los sayones de los frailes.

«Sobre el puente de Magdeburgo hay tres perritos que aullan cada mañana y no dejan entrar ningún español.

»En el mercado de Magdeburgo hay un tonel de vino, y si quiere beberlo el emperador ha de hacerse soldado.

»En el arsenal de Magdeburgo hay muchos arcabuces que llevan cada mañana luto porque no se presenta el emperador.»

En otras canciones, como en «los lamentos de una joven sajona,» se oye el grito patriótico, como despues se oyó cuando la Alemania gemía humillada á los piés de Napoleón I:

«No hay hombre en el territorio alemán capaz de protegernos contra semejante vergüenza. No adornaré mi cuerpo con joyas hasta que la Alemania vuelva á estar libre, ni hablaré amablemente á ningún joven hasta entonces.»

Al fin de la canción pide la joven á Dios que despues de haber enviado á la Alemania los guerreros esforzados Armínio y el emperador Oton, envíe otro tercero como Jehú, el que vengó poderosamente á los israelitas y fué ungido por el profeta Eliseo para destruir la casa de Acab y aniquilar á su propio rey y señor, con todos sus parientes y con todos los servidores de Baal.

El rey Fernando escribió á su hermano que la realización del *Interim* no podía llevarse adelante por faltar los poderes del emperador, y que debía autorizar á los obispos alemanes á dar la comunión en ambas formas y admitir á aquellos eclesiásticos que se habían casado y quisieran volver bajo su jurisdicción. Le pedía que los citados poderes confirmaran á los príncipes alemanes en la posesión de los bienes de la Iglesia que se habían apropiado. Pero todo el poder de Carlos V fué insuficiente para inducir al anciano Papa á dar las autorizaciones pedidas y hacerse así auxiliar del emperador. Este, sin embargo, necesitaba la autorización papal para realizar su reforma. Había castigado de un modo terrible á la familia díscola de los Farnesio; el pseudo-concilio de Bolonia arrastraba una vida oscura; no había que esperar el auxilio de la Francia mientras Enrique II se hallara comprometido en la guerra entre Inglaterra y Escocia, y á pesar de todo esto, Paulo III empleó todos los medios á su alcance para renovar la coalición contra el emperador, sin perder por eso la esperanza de obligarle con su política ambigua en los asuntos del *Interim* y del concilio, á satisfacer sus deseos dinásticos. Ante los cardenales había declarado el Papa que como hombre podía perdonar el asesinato de su hijo, pero no podía perdonar el despojo de la Iglesia, del cual había de tomar satisfacción aunque hubiese de morir mártir. Mas adelante dijo al embajador francés: «Quiero sangrar al emperador sin que vea su sangre.»

Las intenciones belicosas del Papa se estrellaron en parte contra aquella complicación entre la Inglaterra y Escocia, y en parte contra la desconfianza de los franceses, á pesar de que el Papa no tuvo escrupulo en recomendar al rey de Francia ora una alianza con el sultán, ora un auxilio enérgico de los protestantes alemanes. Quedando así en estado de puro deseo los proyectos belicosos del Papa, no tuvo éste mas remedio que ejercer sobre el emperador cierta presión en las cuestiones eclesiásticas pendientes oponiéndole resistencia ó aparentando complacerle. En estas circunstancias dió al fin los poderes que reclamaban los obispos alemanes; pero los envió tarde y mal, es decir, que no les dió la extensión deseada ni siquiera fueron publicados entonces ni mas adelante, y solo en agosto de 1549 proclamó el cardenal arzobispo de Augsburgo, Oton de Truchsess, el reconocimiento papal del *Interim*. Poco tiempo despues, en el mes de setiembre, disolvió el Papa la asamblea conciliar de Bolonia; pero al mismo tiempo procuró quitar la vida al concilio de Trento activando la reunión de una comisión de reforma en Roma para la cual llamó de Trento cuatro notabilidades eclesiásticas.

Brosch llama la política de entonces, tanto del emperador como del Papa, «un abismo de maldad, la mas aviesa, de codicia desenfadada y de egoísmo morboso.» En realidad se trataba entre el emperador y el Papa mas exclusivamente que nunca de intereses puramente dinásticos, y para decirlo en una palabra, de la posesión de Parma y Piacenza; pues Paulo III dijo en confianza que de intento enviaba incompletos los poderes para los obispos alemanes, con el objeto de tener enfrente del emperador un medio de ejercer presión sobre él; porque no quería tratar separadamente los asuntos de la religión y los de Parma y Piacenza. Carlos V, por su parte, tambien estaba firmemente decidido á completar su dominio en Italia y no permitir en modo alguno que volviera á haber desprendimientos. Conservó, pues, á Piacenza y reclamó la soberanía no solamente de esta ciudad sino tambien de Parma, donde reinaba Octavio, el nieto de Paulo, como feudatario de la Iglesia, mientras el emperador pretendía ser el soberano por serlo del ducado de Milan.

La política española pudo proceder con mucha mas liber-

tad en Italia que en Alemania, y su representante mas brutal en Italia, el renegado italiano Gonzaga, no deseaba otra cosa mas que emplear la fuerza contra el Estado de la Iglesia, al paso que meditaba proyectos contra Génova y Siena y contra varias plazas venecianas. Siena, en efecto, recibió guarnición española y tuvo que aceptar una modificación de su constitución en sentido aristocrático, como poco antes había pasado á la ciudad de Augsburgo. Se hablaba ya de un reino de la alta Italia que debía crearse para el infante Felipe, que tenía ya el ducado de Milan en calidad de feudo; se temía tambien que los Habsburgos se apoderasen del Estado de la Iglesia, sobre todo desde que el emperador Maximiliano había manifestado esta intención, y se supuso que Carlos V ó el rey de Romanos esperaban la muerte del Papa para ceñirse la triple corona. Esto no impidió que Paulo III se jactara repetidas veces de que sobreviviría al emperador enfermo. No tuvo esta satisfacción, y en cambio hubo de ver que su adversario gozara la ventaja de que la lucha europea entre Francia y España excitara la discordia en la familia Farnesio. En efecto, Octavio, el nieto del Papa, que poseía el ducado de Parma á título de feudo, era yerno del emperador, y Horacio estaba desposado con una hija natural de Enrique II. El rey de Francia instó para que Parma fuese cedida á su protegido Horacio, y como no había medio de conseguir del emperador la restitución de Piacenza, Paulo III quitó á su nieto Octavio la ciudad de Parma viendo que estaba dispuesto á entregar la ciudad en manos de los españoles. En esto, abandonó Octavio la ciudad de Roma, sin saberlo su abuelo, para recuperar la de Parma, á lo cual se opuso tenazmente el comandante pontificio de la ciudad, á pesar de un breve del Papa que estando moribundo le mandó entregarla. Hasta entonces la ambición incesante del Papa había dado por resultado que sus nietos, á quienes deseaba engrandecer, hicieran oposición á su abuelo para cumplir su voluntad propia; mas de una vez había exclamado el Papa que sus nietos querían acabar con su vida, y al fin murió á la edad de 83 años á consecuencia de enfermedad provocada por estos disgustos (9 de noviembre de 1549).

No puede saberse si las últimas aproximaciones de Paulo III á la Francia eran serias, ó solo un engaño; lo cierto parece ser que su nieto el cardenal Farnesio, á pesar de todas sus promesas, siguió desde el primer instante en el cónclave una tendencia contraria al emperador.

Entonces se abrió por última vez la esperanza de ver en la Santa Sede un Papa partidario de la reforma católica por el estilo de Contarini. El nuevo candidato fué Reginaldo Pole, cardenal inglés y pariente de la casa real de Inglaterra, pero condenado á muerte por Enrique VIII como adversario violento de su política eclesiástica. Este Pole, que vivía en Roma, estaba ya casi elegido, teniendo tambien las simpatías del emperador; pero fué acusado públicamente de herejía por el fanático Caraffa, y era tambien aborrecido por los cardenales viejos, opulentos y disolutos; no quiso ser elegido por «adoración» sino que se empeñó en serlo por mayoría de votos, y esto le perdió. No obstante, hubo una lucha tenaz que exigió mas de cincuenta escrutinios, hasta que por influencia de Farnesio y del gobierno francés fué elevado á la silla de San Pedro, en 7 de febrero de 1550, Del Monte, presidente anterior del concilio de Trento, con el nombre de Julio III.

El nuevo Papa se había comprometido con Francia antes de su elección por medio de un juramento; pero á pesar de esto las circunstancias le obligaron, por ser gran protector de su familia como su antecesor, á ponerse ante todo bien con el emperador, para lo cual era indispensable que se mostrara mas flexible que Paulo III en el asunto del concilio. Por